



# La Santa Sede

---

EXEQUIAS EN SUFRAGIO DEL CARDENAL OPILIO ROSSI

## *HOMILÍA DE SU SANTIDAD JUAN PABLO II*

*Viernes 13 de febrero de 2004*

1. *"El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene la vida eterna, y yo lo resucitaré el último día"* (Jn 6, 54).

Mientras nos disponemos a dar la despedida al querido cardenal Opilio Rossi, sentimos resonar en nuestro corazón la solemne promesa de Cristo. A este hermano nuestro nos unían sentimientos de afecto y comunión eclesial. A él nos unía, sobre todo, la fe en Cristo muerto y resucitado, fe que ahora expresamos en la celebración de estos santos misterios.

En la Eucaristía, testamento del amor de Cristo, nuestro Redentor se hace alimento y bebida espiritual para el viaje que estamos realizando hacia la Pascua eterna. En el pan y el vino consagrados se nos da la prenda de la vida futura, que no tendrá fin. Por tanto, el que come el Cuerpo de Cristo y bebe su Sangre, aunque muera, vivirá para siempre. A esta meta ya ha llegado el querido purpurado del que hoy nos despedimos.

2. La fe animó el largo y fecundo ministerio sacerdotal del cardenal Opilio Rossi. ¡Cuántas veces celebró el divino sacrificio, sacando precisamente de la Eucaristía la luz y la fuerza interior para sus opciones diarias y para su apostolado! Confiamos en que hoy participe en el banquete del cielo y vea "cara a cara" a Cristo, nuestro Señor.

"Omnia in Christo": el cardenal Rossi había elegido como lema episcopal estas palabras, tomadas de la conocida expresión paulina: "Instaurare omnia in Christo" (Ef 1, 10). Con ellas quería poner de relieve que el cristiano debe recoger, reunir y poner todo bajo el dominio de Cristo.

3. Podemos decir que, aun dentro de los límites de la fragilidad humana, esta orientación total hacia Cristo animó el incansable servicio que prestó a la Santa Sede en las representaciones pontificias de diversos países de América y Europa, y a continuación en el ámbito de la Curia romana.

Durante los momentos dramáticos de la segunda guerra mundial, don Opilio Rossi, entonces auditor en la representación pontificia en Berlín, tuvo que prodigarse, con monseñor Orsenigo, el recordado nuncio apostólico, en favor de numerosos hermanos que sufrían, infundiéndoles valentía y alimentando en ellos la fe y la esperanza cristiana. Fue una experiencia enriquecedora de humanidad y solidaridad con los más débiles. Después, a lo largo de su existencia, trató de transmitir esa experiencia a las nuevas generaciones, pues estaba convencido de que los jóvenes debían sacar de la historia del siglo XX una importante lección: que del odio, del desprecio a los demás, de la violencia y del nacionalismo exasperado brotan sólo lágrimas y sangre.

4. Por la sabiduría que demostró en su servicio eclesial, así como por las notables cualidades humanas y espirituales que enriquecían su personalidad, fue llamado por mi venerado predecesor el siervo de Dios Pablo VI a formar parte del Colegio cardenalicio; así se insertó aún más en la vida de la Iglesia de Roma.

Con un título nuevo y más elevado siguió prestando su apreciada colaboración a la Sede apostólica, en particular como primer presidente del Consejo pontificio para los laicos, del que dependía también el Comité para la familia. Yo mismo quise llamarlo luego a presidir el Comité permanente para los Congresos eucarísticos internacionales.

Dondequiera que realizó su actividad pastoral y diplomática, el cardenal Opilio Rossi dejó el recuerdo de un digno ministro de Dios, que sabía "hacerse prójimo" de todos.

5. "Las almas de los justos están en las manos de Dios" (Sb 3, 1). Con esta certeza le damos ahora la despedida, mientras nos complace pensar que lo acogerán las "manos" misericordiosas del Padre celestial. Nuestra esperanza, como acabamos de escuchar en la primera lectura, "está llena de inmortalidad" (Sb 3, 4).

Venerado hermano, que en el paso al cielo te acompañe la Virgen María, de la que fuiste tan fiel devoto, que quisiste representarla en tu escudo episcopal con el símbolo de la estrella. Que ella, la Estrella de la mañana, te introduzca en la gloria de la resurrección. Amén.